

Tirso, así en este drama como en todos, se somete al gusto de su tiempo, rindiéndole un homenaje indebido, y tal vez descomponen las situaciones más críticas y apasionadas por ostentar una sutileza metafísica, ó un rasgo intempestivo de erudición; pero en tales torpezas incurre con menos frecuencia que otros, y las rescata después con tal cúmulo de gracias, que es imposible tratarle con severidad.

También en esta pieza (acto tercero, pág. 505) introduce Tirso, como era de costumbre, una escena episódica que es del bajo cómico, y pertenece á lo que llamamos entremeses, la cual es un incidente que entra en el plan sin violencia; pues retirada la Reina del gobierno, se marcha á una aldea, donde los rústicos villanos tratan de obséquiarla á su modo. El autor se aprovecha de este incidente para divertir al público, poniendo en acción las ridiculeces que encuentra el cortesano en el modo afectado con que tratan de remedar las costumbres cultas los prohombres de las aldeas. El contraste que resulta de este género de pretensiones, pone aquí de manifiesto su ridiculez, sin perjudicar la idea del respeto y buen afecto que muestran los campesinos á sus señores, aunque descubran á la vez los defectos, las envidias, y la creencia en que generalmente están de que sus chismes y rencillas merecen la atención de todo el mundo.

No puede empero negarse que Tirso en esta comedia,

como en todas las suyas, tiene defectos de aquellos que lo son en cualquiera parte que se encuentren. El desenlace de esta pieza carece de toda verosimilitud, pues vicia el carácter de los personajes. Aquí en el último acto los infantes Don Juan y Don Enrique, así como los otros conspiradores, aparecen necios en demasia, pues conociendo la prudencia de la Reina, y la enemistad que justamente les profesa, la entregan gratuitamente una carta firmada, donde descubren su traición, y en que la dan un medio de hacerla manifiesta.

Tirso al fin de la comedia promete una segunda parte, en la que pretende tratar del fin de los Caravajales y Benavides; pero no llegó á publicarla. A falta de ella, puede verse la que con anterioridad escribió Lope de Vega con el título de *La inocente sangre, ó los Caravajales*, que está inserta en la parte diez y nueve de la colección de sus comedias, impresa en el siglo xvii.

El drama de *La prudencia en la mujer* es el sétimo contenido en la parte tercera de la colección de Tirso. Yo no he visto otra reimpression de dicho drama que la que hizo Doña Teresa de Guzman á principios del siglo xviii. A fines del anterior, ó en los primeros años del siguiente, le refundió á su manera un tal Cipriano de Segura, despojándole de las bellas octavas que contiene, y substituyéndole en su vez un romancillo insípido y desaliñado.

## IV.

## Exámen de EL CONDENADO POR DESCONFIADO, por D. Agustín Durán.

El objeto de la buena crítica no es solo juzgar las obras del arte y del ingenio bajo el aspecto de un tipo absoluto convenido entre los profesores y maestros; sino también atender á las épocas y circunstancias en que se produjeron, considerándolas sometidas al influjo de la idea social, entónces predominante. Las creaciones del ingenio, en cualquier tiempo que se realicen, nunca pueden emanciparse totalmente de la fe y la ciencia del pueblo, so pena de que no serán más comprendidas que si se produjesen en un idioma extraño. Para juzgar las producciones de la imaginación, no basta ya haber leído y estudiado las poéticas de Aristóteles, de Horacio y de Boileau, porque la crítica filosófica no debe ceñirse solo á aplicar las que llamamos reglas del buen gusto, sino que además debe tener por base un profundo conocimiento de la historia física y moral de los pueblos; de sus más íntimas costumbres, y de las ideas predominantes que en diversas épocas constituyeron su estado social, y que motivaron sus aciertos y sus errores.

Bajo este aspecto, la crítica es producto de un nuevo sentido conquistado en nuestros tiempos; es la idea preferente y necesaria; hija del análisis y de la discusión; es una garantía más de la imparcialidad en los juicios; es la teoría realizada de la inteligencia libre, y no el sistema de reacción, ciego, orgulloso é intolerante que excomulgaba á Shakespeare y á Calderón, porque no eran griegos ni franceses. Llena de datos históricos filosóficamente apreciados, y de erudición profunda sobre los sentimientos íntimos de cada pueblo y de cada edad en sus diversas fases de civilización; colmada de la ciencia práctica adquirida en el estudio de las ideas populares, ántes despreciadas por los sabios, ha penetrado el secreto de cada sociedad, y sabe usar de él para juzgar convenientemente las obras de la fantasía y del arte. Los grandes ingenios sometidos á este género de crítica, no pueden considerarse puestos fuera de la ley bajo cuyos auspicios produjeron sus obras.

Empapados de estas ideas, vamos á considerar un drama simbólico, que aun mejor que la historia, revela el pensamiento moral, religioso y filosófico, y la idea predominante de nuestra sociedad en la época y circunstancias que se produjo.

Difícil será obtener que los escépticos predicadores de un sistema infeundo de inspiración y de entusiasmo se trasladan á un siglo creyente y creador, aunque tal vez un tanto fanático, y supersticioso por instinto; difícilísimo hacerles percibir y comprender el grande pensamiento social que se realizaba y encarnaba en las producciones del ingenio inspirado por una fe firme y sincera. El fanatismo defensor del crimen que hoy destruye los lazos de las sociedades, no puede fácilmente estudiar el principio que las crea, defiende y sostiene. Sin embargo, vamos á emprender nuestra tarea; desviando de ella, cuanto sea posible, los obstáculos que la embarazan.

El análisis material, propio de las ciencias físicas, se ha aplicado erróneamente á la demostración del orden moral de la especie humana; sin haberse considerado que el instrumento á propósito para unas cosas, puede no ser apto para otras. Tanta fe necesita un ciego para creer que los otros ven, y concebir que haya objetos visibles, como el matemático para creer en un Dios indemostrable por el cálculo; ó en el principio moral que no cabe en la cantidad; y no por eso el ciego aniquilará la luz que existe y no ve, ni el calculador al Dios que no puede medir. En vano el disector armado del escalpelo busca en el cadáver de una hermosa la causa animadora que produce el amor; la hermosura y la vida han desaparecido; y entre sus manos halla un esqueleto. En vano aislada la razón humana intenta penetrar los secretos misterios del orden moral. Newton por medio del cálculo conoció, si, las leyes mecánicas del universo; pero solo la fe le hizo elevarse á las causas de su existencia, y al pensamiento de la creación.

Por la equivocada aplicación, como hemos dicho, de los instrumentos con que el hombre está dotado para investigar verdades de diferente orden, y por confundir y trocar los unos con los otros, es por lo que el error triunfa, y la verdad se pierde en un laberinto de sofismas y de absurdos. A fuerza de buscarla por medios inadecuados, el hombre se desespera, niega su existencia, y aniquilando en sí todo principio de entusiasmo; acaba con el instinto de la fe y el brio de la imaginación, sin extinguir la necesi-

dad que tiene de ellas. Cansado en fin de lucha tan desigual, se abandona á un escépticismo yerto y sin vida, que le quita hasta el deseo de conocer la verdad, ya que no el odio y la envidia de cuantos en ella esperan.

Bajo el auspicio de estas reflexiones, y desvaneciéndose cuanto podamos la densa atmósfera de duda que nos circuye é impide levantar el vuelo á las regiones del entusiasmo creador, procuraremos examinar el drama que á principios del siglo xvii, y para un pueblo creyente, escribió el maestro Tirso de Molina con el título de *El Condenado por desconfiado*. Y lo juzgaremos, penetrados de las creencias, costumbres, y hasta de la ciencia teológica de aquel tiempo, á fin de que nuestro juicio y exámen sea conforme á las leyes de crítica que hemos expuesto.

*El Condenado por desconfiado* es un drama eminentemente religioso en el sentido de las creencias teológico-dogmáticas que el pueblo y los sabios de aquella época profesaban, y profesa aun todo buen católico. Es una parábola evangélica creada para hacer inteligible al pueblo el dogma de la gracia, y es quizá un producto de reacción necesaria contra la fatal y desconsoladora rigidez del protestantismo, y las doctrinas heterodoxas que le originaron. Adoptando el autor por argumento una tradición conservada en diversos Ejemplarios, ha querido patentizar cómo y por qué Dios retira la gracia eficaz del hombre que de ella desconfía, y que intenta arrancar sus secretos para convertir en certidumbre material la que solo debe tenerse por la fe. Al propio tiempo ha querido también probar cómo y por qué el pecador que confía en Dios, creyendo firmemente, puede arrepentido obtener misericordia.

El ermitaño Paulo es el símbolo de la primera consecuencia del dogma, y el bandolero Enrico representa la segunda. Regalado Paulo con celestiales favores, hijo predilecto de la Providencia, y quizá ensoberbecido, ni aun resiste á la primera prueba de tibieza con que Dios quiso experimentar y contener la soberbia que asomaba en su corazón. Por haberse dormido mientras oraba, por haber soñado que en el último juicio era condenado; convirtiéndose en veneno la triaca (1), empieza Paulo á desconfiar de su salvación, y luego como niño consentido, avezado á convertir los favores en exigencias, no se contenta con las palabras de la Escritura, ni presta al dogma la fe que se merece, sino que pide importuno á Dios garantías más positivas y especiales que aquellas que dió á su Iglesia. Pretendiendo con vana curiosidad y decidida obstinación penetrar los arcanos de la Providencia, en pena de su orgullo se ve sumergido en un piélago de dudas: titubea en la fe, vacila en la esperanza, y se entibia en la caridad cristiana, preparándose á la idea de un inexorable fatalismo. Cuando á tal punto llegue su desdicha, ya solo verá en el Hacedor Supremo un tirano caprichoso; le insultará cara á cara, y abandonándose al crimen, rechazará los remordimientos, y renegando la misericordia, se rebelará contra la justicia del cielo. La lucha del pecador en tal estado no será en adelante contra el pecado que le pierde; mas la proseguirá encarnizada hasta su último suspiro contra Dios que procura salvarle. Luego veremos cómo el poeta ha graduado y sostenido este carácter moral, creación de la fe, conduciéndole paso á paso, y de consecuencia en consecuencia, desde su primera falta hasta el último crimen que justifica su condenación.

Por el contrario, el bandolero Enrico es el símbolo de la humana flaqueza, que á pesar de la fe, pero sin odio á la Divinidad, sin acusar su justicia ni negar su misericordia, peca, sí, y peca de continuo; peca por hábito, y no por desesperación ni por sistema. Por eso en medio de sus extravíos, conserva alguna virtud moral, sobre la cual podrán algún día recaer los tesoros de la gracia, y ser meritorias las buenas obras que haya ejecutado.

(1) Este sueño debía abatir la soberbia, mas no producir la desconfianza en el hombre que tuviese firme fe en las promesas hechas á la Iglesia.

Prescindirémos ahora de las ventajas é inconvenientes morales del dogma teológico que ha inspirado al autor del drama una creación que á la par de terrible y sublime, es dulce y consoladora. Baste á nuestro intento saber que tal era la fe de la época y del pueblo para quien se escribió, y que entónces todos respetaban los misterios inescrutables de la Providencia, creyendo ciegamente en la justicia y misericordia divina, por más que la razón humana no bastase á explicarlas. Solo penetrándose de este hecho histórico se comprenderán las causas del efecto maravilloso que produjo entónces la obra del ingenio inspirada por la religión. Dirémos, sin embargo, respecto á sus consecuencias morales, que si algunas malas puede tener una esperanza indiscreta, mal deducida del dogma por falta de entenderle bien; aun esta misma esperanza, como supone siempre la reparación y arrepentimiento del criminal, no causa daños tan graves é irreparables como los que produce la desesperación, que desde luego aniquila todo sentimiento dulce, consolador y suave. Cuando la yerta mano del fatalismo ateo comprime los corazones, adios para siempre las virtudes, la moral y el entusiasmo, que con la esperanza engendran los actos nobles y generosos; adios para siempre los brillantes productos de la imaginación; adios las magníficas creaciones del ingenio; adios los lazos que unen al hombre con el hombre. Reducido á sí propio, él solo es para sí todo el universo; y semejante á las fieras, obligado á huir y guardarse de los mismos de su especie, se hundirá en las cavernas, desde donde se lanzará sobre su presa para saciar el hambre, y dormirse después encima de los huesos roídos y descarnados de sus víctimas. Pues bien, á esto y no á otra cosa tienden los que hoy se llaman directores del progreso social; á esto nos llevan los que presumiendo de sabios hacen cruda guerra á la inteligencia, sometiéndola al yugo del número y á la envidia de la ignorante estupidez, á la que halagan y adulan, arrastrándola al crimen que para ellos creen provechoso.

Harto convencidos estamos de que á los ojos raquíticos y miserables de estos hipócritas sofistas que intentan construir una sociedad bruta y atea, solo fuera grato el drama que analizamos, cuando pudieran reducirlo á un sarcasmo contra la Providencia divina. ¡Cuán interesante les pareciera Paulo, si se presentase como víctima de un Dios imposible, injusto y caprichoso! Maldiciendo en sus últimos momentos á la naturaleza, descreyendo en su autor, arrojando al cielo la sangre inocente que había derramado, digno héroe sería Paulo de uno de esos dramas románticos donde se embriaga al pueblo de envidioso rencor: preséntanle la virtud más pura como hipocresía cobarde, y el crimen como una represalia, ó como un desahogo justo de la libertad salvaje, que suponen ofendida por las leyes que lo castigan. En su frenesí ideológico, los reformadores del día no reconocen otro heroísmo que el de los bandidos y asesinos, ni otro derecho que el de la fuerza brutal. Llamen grandes y nobles caracteres á cuantos conculan la sociedad, y tiranos opresores á los que para protegerla, los resisten. «Abajo, claman, la propiedad, abajo el matrimonio, abajo los lazos de familia; sin esto no existieran ni ladrones, ni adúlteros, ni parricidas. ¿Para qué ha de haber ricos y pobres? ¿por qué sabios é ignorantes? ¿por qué leyes y gobierno? Sacrifíquese todo al individualismo, á la libertad selvática, y nada se conceda á la inteligencia ni á la perfección de la especie. El hombre no es otra cosa que un animal, y los animales viven libres sin leyes, sin gobierno y sin Dios (1).» Ahora bien,

(1) Un sueño pareciera esto, si las sociedades secretas extendidas por todo el mundo conocido no pugnasen por reducir á práctica esta teoría. Algunos piensan que el estado salvaje es el principio de la sociedad; pero yo al contrario, creo que es el producto de sociedades corrompidas y disueltas, quizá también por hombres que, buscando el progreso por disueltas, quizá también por hombres que, obtuvieron el mismo resultado medios iguales á los que ahora se usan, como si como á que, sin saberlo, examinamos nosotros. Y lo más triste es, que si como se dice, la España se adelantó en civilización á las demás naciones, también lleva camino de precederlas en la barbarie adonde se precipitan.

los hombres que así piensan, y que procuran realizar sus detestables proyectos, difícilmente percibirán las bellezas que contiene el drama religioso de Tirso.

Hemos expuesto ya el dogma teológico en que este se funda, y que contiene el símbolo del hombre precito y el predestinado; y lo hemos hecho descendiendo tal vez á comparar la época moral en que se escribió, con esta en que nosotros escribimos. Así nuestros lectores conocerán mejor la diferencia del estado social de uno y otro tiempo, y juzgarán mejor del mérito de la obra.

En el plan que Tirso se propuso, en la idea y el pensamiento de su creación, preciso fué que demostrase en sus héroes la existencia del libre albedrío, para que sus actos diesen motivo á la justicia divina, en su fallo definitivo, de condenar al uno y salvar al otro. Con efecto, avisos y auxilios de igual clase reciben; pero cada cual los aprovecha ó rechaza según su voluntad.

El penitente Paulo, que por diez años resistió las mas fuertes tentaciones, obteniendo por ello favores muy especiales del cielo, en un momento de tibieza abrió su corazón al enemigo del género humano. Desconfía de Dios y pretende arrancarle el secreto de su destino, como si la fe en lo revelado no le asegurase que el premio y castigo será según las obras del hombre. Cayó el santo en el instante de la prueba, cuando Dios en castigo de sus dudas soberbias le retiró sus auxilios eficaces; y cayó sin remedio, porque no quiso probar á vencer con los comunes, ó al menos á resistir con ellos. Acométele el demonio con permiso de Dios por el lado que flaquea, y tiéntale como á otro Job; pero Paulo, que no es paciente ni humilde, no se doblegará como Job á la voluntad suprema. Había el *Desconfiado* pedido que se le revelase el destino que tendría en la otra vida, y el *Tentador*, que le ve vacilante en la fe, confía en hacerle suyo. Preparando una insidiosa respuesta á la indiscreta pregunta, se expresa de esta manera:

(Pág. 183, col. 1.<sup>o</sup>)

Y así me ha dado licencia  
El juez mas supremo y recto  
Para que con mis engaños  
Le incite agora de nuevo.  
Sepa resistir valiente  
Los combates que le ofrezco,  
Pues supo desconfiar  
Y ser como yo, soberbio.  
Su mal ha de restaurar  
De la pregunta que ha hecho  
A Dios, pues á su pregunta  
Mi nuevo engaño prevengo.  
De ángel tomaré la forma,  
Y responderé á su intento  
Cosas, que le han de costar  
Su condenación, si puedo.

Desde este punto, el demonio no seguirá á su presa en el campo de batalla donde tantas veces fué vencido, ni serán sus armas los deleites y ambiciones mundanales. Conocida la flaqueza de Paulo, por ella intentará vencerle en la cruda guerra que le prepara. Disfrazado de ángel se le aparece, y le ordena que se dirija á Nápoles, donde observando á Enrico, podrá conocer su propia suerte final, pues Dios ha decretado que sea una misma la de entrambos. Con tal aparición, como primer aviso del cielo, siente Paulo un frío pavor que le hiela el alma, y contrasta con la regalada dulzura que gozaba cuando disfrutó favores en éxtasis divinos. Sin embargo, la curiosidad y la desconfianza que le aquejan, le impiden aprovecharse de este recelo. Dando, pues, crédito á la insidiosa visión, encaminase á Nápoles, persuadido de que Enrico sería un modelo de virtudes y de penitencia; mas; cómo se engañaba! Apenas llega á las puertas de la ciudad, cuando encuentra al hombre que buscaba, no como presumió, ocupado en buenas obras, mas circuido de viles rufianes, de ramerías disolutas y de infames asesinos que le coronan

por el mas perverso de todos, despues de oír de su propia boca la relación de sus crímenes, asesinatos, robos, estupro, adulterios y sacrilegios. Véase aquí cómo el poeta prepara los medios y motivos con que la desconfianza crezca y se arraigue mas y mas en el alma del protagonista; véase como penetrado en lo mas íntimo de la humana naturaleza, sigue sin desviarse la pendiente de una primera falta, y adivina sus consecuencias.

Despues de cerciorarse que el hombre á quien buscaba como modelo de virtud, es en realidad el mas malo de la tierra, Paulo, que á pesar de su austera y penitente vida desconfió de su propia salvación, ¿cómo creará que el malvado Enrico puede salvarse? Si una ha de ser la suerte de ambos, según se le respondió en la visión que tuvo, cierto está ya de condenarse, y por lo tanto quiere como Enrico seguir la carrera del crimen, y excederle en maldades, si es posible. Resuélvese en fin á esto, y partiendo á las montañas, testigos de su penitente vida, hará que también lo sean con asombro de sus delitos. Como potro desbocado, como hambriento y rabioso lobo, se lanza en el camino de perdición, y convertido en capitán de feroces bandoleros, destroza, asesina, y se baña en la sangre de cuantos vienen á su poder. Cuando fatigado, y no harto de carnicería y de matanza, intenta reposar y queda solo y entregado á sí mismo, si algun remordimiento le persigue, luego le rechaza y aboga, oponiéndole la memoria de Enrico y la revelación que tuvo, y que presume divina. En uno de estos momentos críticos se expresa así:

(Pág. 193, col. 3.<sup>o</sup>)

Enrico, si desta suerte  
Yo tengo de acompañarte,  
Y si te has de condenar,  
Contigo me has de llevar;  
Que nunca pienso dejarte.  
Palabra de un ángel fué;  
Tu camino seguiré;  
Pues cuando Dios, juez eterno,  
Nos condenare al infierno,  
Ya habemos hecho por qué.

Inspirado el poeta por el dogma consolador de la misericordia, y penetrado de las vías de Dios, no presentará al delincuente abandonado de nuevos y poderosos auxilios con que pueda vencer su voluntad depravada; culpa suya será si los desprecia. Para neutralizar los efectos de la primera visión, un ángel verdadero, en forma de pastor, se aparece á Paulo. Desciende de la montaña tejiendo la corona que destinaba al justo, y canta la piedad de Dios y la facilidad con que perdona al pecador arrepentido. En un bello diálogo y en un buen romance reprende el ángel al bandolero su desconfianza, y con ejemplos repetidos le demuestra que nunca debe desesperarse de la salvación. Titubea Paulo un momento en sus malos propósitos, y se expresa de este modo:

(Pág. 194, col. 1.<sup>o</sup>)

Este pastor me ha avisado  
En su forma peregrina,  
No humana, sino divina,  
Que tengo á Dios enojado  
Por haber desconfiado  
De su piedad (claro está);  
Y con ejemplos me da  
A entender piadosamente  
Que el hombre que se arrepiente,  
Perdon en Dios hallará.  
Pues si Enrico es pecador,  
¿No puede también hallar  
Perdon? Ya vengo á pensar  
Que ha sido grande mi error.

Pero como la tentación prosigue, cuando la voluntad no persevera en resistirla, y cuando la razón humana no cede á la fe divina; el orgulloso Paulo que desconoce estas verdades, reincide bien pronto en su desconfianza, y sin combatir siquiera, se rinde á ella diciendo:

¿Mas cómo dará el Señor  
Perdon, á quien tiene nombre  
¡Ay de mí! del mas mal hombre  
Que en este mundo ha nacido?  
Pastor, que de mí has huido,  
No te espantes que me asombre.  
Si él tuviera algun intento  
De tal vez arrepentirse,  
Lo que por engaño siento  
Bien pudiera recibirse,  
Y yo viviera contento.  
¿Por qué, pastor, queréis vos  
Que en la clemencia de Dios  
Halle su remedio medio?  
Alma, ya no hay mas remedio  
Que el condenarnos los dos.

He aquí cómo la razón ensoberbecida extravía la voluntad é inutiliza los auxilios divinos, que inclinan, pero no fuerzan el uso del libre albedrío.

Aprovechase el demonio de la ocasión para armar á Paulo nuevos lazos. Enrico, perseguido de la justicia á causa de sus desafueros, se arroja al mar fugitivo, y como por milagro, rompiendo las embravecidas olas, arriba á las playas donde Paulo aterraba el mundo con escándalos continuos. Cae aquel en sus manos, y mas que nunca obstinado y ciego en tentar la Providencia, se propone someterle á la mas terrible y decisiva prueba que pudo imaginar. No bien, maldiciendo y blasfemando de Dios en vez de tributarle gracias, hubo Enrico tocado en la playa, cuando los bandoleros por orden de su jefe, le atan á un árbol, y vendándole los ojos, le anuncian el término fatal de su vida. Nada empero le aterra, burlase de Dios, insulta á los hombres, y riase de la muerte: no parece sino que la soberbia y orgullosa inteligencia del hombre quiere luchar y vencer la del Creador. Entónces Paulo se le presenta vestido de ermitaño, y le exhorta á la penitencia con tanto mas ahínco é interes, cuanto cree que la salvación de Enrico será prenda segura de la suya. ¡Vanos esfuerzos! el aire se lleva sus palabras, porque el bandolero se mofa de ellas, y pide que le acaben para llegar mas pronto al infierno. La obstinación de Enrico le salva la vida, pues el *Desconfiado*, temeroso de que muera impenitente y se condene, impide que los bandidos le asesinen.

Hecha esta terrible prueba, afirmase Paulo mas y mas en el error, que era justo castigo de su temeridad impía. Cada vez mas convencido de hallarse condenado, cuenta su vida y la causa de sus penas al que considera como compañero en desdichas. ¿Quién lo pensara? El desalmado Enrico, el blasfemo, el asesino, el que nunca hizo mas bien que respetar á su padre, el que con la muerte á los ojos despreció los auxilios de la religión; este mismo al fin, tan duro, tan obstinado, reprende á Paulo su conducta, le afea su desconfianza, y le afirma que aunque se considera tan perverso y eriminal, siempre ha esperado salvarse: hé aquí el modo con que se explica:

(Pág. 298.)

Yo soy el hombre mas malo  
Que naturaleza humana  
En el mundo ha producido;  
El que nunca habló palabra  
Sin juramento; el que á tantos  
Hombres dió muertes tiranas;  
El que nunca confesó  
Sus culpas, aunque son tantas;  
El que nunca se acordó  
De Dios y su Madre Santa;  
Ni aun ahora lo hiciera,  
Con ver puestas las espadas  
A mi valeroso pecho;  
Mas siempre tengo esperanza  
En que tengo de salvarme,  
Puesto que no va fundada  
Mi esperanza en obras mías,  
Sino en saber que se humana

Dios con el mas pecador,  
Y con su piedad se salva.

Y luego, no desmintiendo su carácter, continúa:

Pero ya, Paulo, que has hecho  
Ese desatino, traza  
De que alegres y contentos  
Los dos en esta montaña  
Pasemos alegre vida,  
Mientras la vida se acaba.  
Un fin ha de ser el nuestro:  
Si fuere nuestra desgracia  
El carecer de la gloria  
Que Dios al bueno señala,  
Mal de muchos gozo es;  
Pero yo tengo confianza  
En su piedad, porque siempre  
Venice á su justicia sacra.

Ambos bandoleros son, como se ha visto, detestables; pero ¿cuánta diferencia hay entre el que espera y el desesperado! ¿Cómo el poeta, moralista y profundo observador de las pasiones, ha sabido caracterizarlos y distinguirlos, escudriñando el diverso origen de unos mismos actos! El uno es malo por aturdimiento, y por hábito de no ser bueno; pero si no busca, tampoco rehusa la expiación de sus crímenes por medio del arrepentimiento: al contrario el otro, que ejerció la virtud, que fué regalado de Dios, se vuelve luego contra él, le insulta con despecho, y pretende traerle á juicio ante su miserable y ciego orgullo y su razón extraviada. Enrico no cierra los caminos á la gracia; antes con la esperanza los facilita, mientras Paulo la repele de sí siempre que los auxilios del cielo y los remordimientos llaman á su corazón.

En el supuesto de que un mismo fin han de tener, conciertan pasar la vida juntos ambos bandoleros; pero acordándose Enrico de su anciano padre, determina volver á Nápoles para socorrerle y traerle consigo, á pesar de los riesgos de la empresa. Con efecto, al realizarla cae en poder de la justicia, que le conduce á un calabozo, donde comete mas desafueros y delitos. Allí, mas veces despreciando los auxilios divinos, y otras resistiendo las ocasiones de fugarse que le ofrece el demonio, pasa su tiempo hasta que se ve notificado de muerte. Ni aun entónces se doblega al yugo de la religión: niegase á la penitencia, diciendo que si Dios es misericordioso y puede, le salve sin tantas ceremonias, y sino que le condene; pues él por su parte no tiene memoria para acordarse y confesar tantos crímenes como ha cometido.

Acérese la hora del suplicio; ya todos desconfían de la salvación del reo, cuando una sola y única virtud que ejerció en su vida, abre camino á los auxilios de la gracia. Lo que no alcanzaron de Enrico ni el temor de la muerte ni el horror del infierno, lo alcanzan en un instante las lágrimas, los ruegos y las venerables canas de su anciano padre. Al verle y oírle, su alma empedernida se enternece y regala; resignase con la suerte que le espera, pide humilde perdón á Dios, y arrepentido y contrito, sufre muerte afrentosa para hallar eterna vida en la morada celestial.

Despues de cumplido el decreto del cielo, salvándose el protagonista del drama que esperaba clemencia, ¿cuál será el fin del desesperado? ¿Se salvará también? No, porque voluntariamente se apartó del buen camino, y no quiere tornar á él; no, porque á sabiendas luchó contra Dios, en vez de luchar contra el pecado; no, porque fué ingrato y desconocido á los favores del cielo; no, porque arrojó de sí todas las virtudes sin reservar ninguna; no, porque tenaz é injustamente desconfió, verá y no creará la salvación de Enrico, ó creyéndola pensará que Dios está obligado á salvarle sin que penitente y arrepentido le implore; y no en fin, porque fiado en el engaño del demonio, que él mismo provocó, olvidará la palabra de las Escrituras que aseguran al hombre el premio ó el castigo según sus obras.

No se crea empero que la Providencia le abandone: su condenacion ha de proceder del mal uso que haga de su albedrio. Sin embargo de tanta obstinacion, la gracia presará sus auxilios al infeliz Paulo hasta el último suspiro. Revelado le fué natural y milagrosamente el fin dichoso de Enrico, para que sabido, abriese su corazon al consuelo. ¡Mas ay, que fué en vano! La desconfianza y el orgullo endurecieron la voluntad contra los avisos del cielo. Paulo en fin, herido en una refriega, muere impenitente.

A nadie que conozca la doctrina, la fe y la idea predominante del siglo en que Tirso escribió este drama, le sorprenderá su desenlace, ni extrañará la impresion que debió producir en unos espectadores, que sabios ó ignorantes, llevaban su alma dispuesta y preparada á recibir las impresiones de consuelo y de terror que el poeta, tan creyente como ellos, quiso inspirarles.

Largo ha sido este análisis; mas no lo juzgarán tanto los que quieran apreciar con exactitud las obras de nuestros antiguos dramáticos, y aplicar á su estudio la crítica filosófica, hija de nuestro siglo. En una época de escepticismo, en que se desconocen las causas y efectos de una fe viva y encendida, es preciso analizarlos y explicarlos para que se entiendan, como se analiza y explica la historia civil y religiosa de los pueblos antiguos, cuyas sociedades y costumbres se quieren conocer, y cuyos autores clásicos estudiar.

Presentada y juzgada nuestra poesía popular y el teatro antiguo, que es parte esencial de ella, como objeto de estudio filosófico, y no como modelo de servil imitacion, ha contribuido no poco á conservar en la moderna el carácter nacional, y á separarla del exagerado y delirante sistema que mancha y oscurece con salvajes é inmorales creaciones las glorias literarias de la nacion que en mejores tiempos produjo un Corneille, un Molière y un Racine. Hasta ahora, y en buen hora lo digamos, apenas ha penetrado en nuestra escena el asqueroso, repugnante y atroz monstruo, hijo del desenfreno revolucionario que se pasea por toda Europa, y que no falta tampoco en nuestras ciudades. Algunos de nuestros ilustres y jóvenes ingenios fueron deslumbrados por el romanticismo malo; pero despues que estudiaron la poesía nacional, le abandonaron; y siguiendo el camino trazado por la buena crítica, produjeron obras que honran la presente generacion. Otros, escapándose por extremo contrario, creyeron que eramos ahora los mismos que fuimos trescientos años hace, y que para agradar al público, bastaba violar de propósito todas las reglas del saber y del buen gusto, introducir variedad de metros y cambiar muchos telones. A estos tambien desengañará el buen uso de la crítica, demostrándoles que por lo mismo que el actual siglo es ménos creyente, necesita en el teatro mas verosimilitud material que en el antiguo, y en fin, que como mas perito en la historia y las costumbres, no sufre anacronismos de ninguna especie.

En la actualidad, por ejemplo, no se toleraría un drama teológico como el de Tirso, dividido en dos acciones casi diversas, y lleno de medios sobrenaturales y de escenas y situaciones desligadas. En el día quien intentase renovar este asunto, necesitaría poseer mucho conocimiento de la actual sociedad, mucho ingenio y mucho tino práctico de la escena; tendría que concebirlo de otro modo, y que buscar en la razon medios supletorios á la falta de fe; tendría que inventar recursos de verosimilitud é interés dramático mas análogos á nuestra manera social, y á la idea predominante del siglo; y tendría en fin que hallar para España el *Fausto* que Goethe produjo para su país. Acaso ya poseeríamos esta obra maestra acomodada á

nuestro carácter, si el distinguido autor del *Alfredo* estudiara el teatro antiguo español, como es capaz de hacerlo cuando quiera. Siguiendo otros excelentes ingenios la senda que llevamos trazada, produjeron á *Cárlos el Hechizado*, *Doña Marta de Molina*, *Los Amantes de Teruel*, *Rosmunda*, *Fernando el Emplazado*, *Bárbara Blomberg*, *D. Alvaro*, *El Trovador* (1), con otros muchos dramas históricos y novelescos de diversos jóvenes apreciables por sus talentos, donde se conserva el tipo característico nacional, y se percibe el estudio de nuestra antigua poesía popular, modificada empero por el influjo que la moderna civilizacion ha introducido en las costumbres, creencias y necesidades sociales.

Réstanos algo que decir sobre las bellezas de detalle contenidas en el drama de Tirso: bellezas que por hallarse en la naturaleza general, no dependen de los cambios de opiniones ni de ideas. Es admirable, por ejemplo, la exposicion con que el ermitaño Paulo abre la escena. (Pág. 184 y siguientes.) De esta hermosísima égloga puede con razon decirse que exhala el perfume de las flores, el ambiente puro de eterna primavera, y la paz de las cabañas de los primeros patriarcas. Delicada y tierna es la escena donde el ángel pastor se presenta en busca de la oveja perdida (pág. 194), y para quien, esperando reducirla al rebaño, va tejiendo una guirnalda de flores. ¡Cuán bello contraste presenta con el diálogo en endechas, en que el ángel ya casi desanimado, se aparece de nuevo á Paulo deshabiendo (pág. 204) pausadamente y pesaroso la misma corona que para él formó! Si en la primera brillan destellos de esperanza, en la segunda reina un indefinible sentimiento de terror y compasion que conmueve las almas mas duras é insensibles.

Digna es tambien de notarse aquella en que Enrico asistiendo á su anciano padre le regala y consuela, absteniéndose de cometer un asesinato, porque habia de ejecutarlo en un hombre cuyas canas le recuerdan las de aquel á quien debe su existencia. Llenos de verdad son los lances de la cárcel, donde con vivos colores se retrata lo que pasa allí con los foragidos. Mas sobre todo, es maravillosa la idea contenida en la escena donde el demonio ofrece á Enrico su libertad, y este la rehusa escuchando la voz del cielo que le detiene. En igual trance y situacion, doscientos años despues presentó Goethe á Margarita en su drama de *Fausto*, tomando tambien su argumento de una tradicion popular religiosa.

En fin, en este drama como en todos los del autor, son importantes y reparables las escenas donde retrata costumbres campestres, malicias aldeanas, desafueros de bandidos y ruñanes, y torpezas deshonestas de las malas mujeres. En todas partes ostenta Tirso un profundo conocimiento de la naturaleza y de la moralidad de las acciones. Así en esto como en fuerza cómica, en aprensiones felices, en la pureza de lenguaje, en agudeza del diálogo y en riqueza y soltura de versificación no tiene rivales este poeta, y puede presentarse por modelo á cuantos quieran adquirir dotes tan apreciables y necesarias para distinguirse en el teatro y obtener merecidos aplausos. ¡Ojalá nuestros jóvenes ingenios imiten á Tirso en tan buenas y sobresalientes cualidades, y no en aquellos extravíos propios de su tiempo, que si entonces pasaban de incógnito, en el día nadie pudiera tolerarlos!

(1) En algunos de estos dramas quizá se ha sacrificado en demasia á circunstancias transitorias la verdad de los caracteres históricos y la idea de la época; mas, quien hay que se prometa en un espectáculo, esencialmente popular, hacerse comprender del público, sino á costa de tales concesiones y sacrificios? Ni Calderon, ni Shakespeare, ni Racine, ni Corneille, ni Voltaire, ni Eurípides, ni Sófocles, ni aun Homero, retrataron sus héroes tales como fueron estos en la época en que existieron, sino tales como podían concebirse y entenderse por el pueblo y el siglo ante quienes se presentaban.

## INDICE.

	Páginas		Páginas
PRÓLOGO DEL COLECTOR . . . . .	v	El Amor y el amistad . . . . .	228
ARTÍCULOS BIOGRÁFICOS Y CRÍTICOS ACERCA DE FRAY GABRIEL TELLEZ Y SUS OBRAS.		Privar contra su gusto . . . . .	246
I. Del Sr. D. Agustín Durán . . . . .	xi	Celos con celos se curan . . . . .	264
II. Del Sr. D. Ramon de Mesonero Romanos . . . . .	xvi	El Amor médico . . . . .	284
III. Del Sr. D. Alberto Lista . . . . .	xxii	Don Gil de las calzas verdes . . . . .	402
IV. Del Sr. D. Francisco Javier de Búrgos . . . . .	xxvii	Amar por arte mayor . . . . .	425
V. Del Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa . . . . .	xxx	Marta la piadosa . . . . .	442
VI. Del Sr. D. Antonio Gil de Zárate . . . . .	xxxvi	Amar por señas . . . . .	462
CATÁLOGO RAZONADO DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS DE FRAY GABRIEL TELLEZ.	xxxvi	Desde Toledo á Madrid . . . . .	482
COMEDIAS.		Cautela contra cautela . . . . .	501
Palabras y plumas . . . . .	1	La ventura con el nombre . . . . .	519
El Pretendiente al reves . . . . .	21	En Madrid y en una casa . . . . .	538
La Villana de Vallecas . . . . .	44	Los balcones de Madrid . . . . .	556
El Castigo del pensèque . . . . .	70	El Burlador de Sevilla y Convidado de piedra . . . . .	572
Quien calla otorga: segunda parte de El Castigo del pensèque . . . . .	93	El Rey don Pedro en Madrid y el Infanzon de Huescas . . . . .	591
La Celosa Mari-Hernandez . . . . .	109	El Celoso prudente . . . . .	612
La Celosa de sí misma . . . . .	128	La Huerta de Juan Fernandez . . . . .	635
Amor y celos hacen discretos . . . . .	130	Del enemigo el primer consejo . . . . .	652
Amar por razon de estado . . . . .	166	Averigüelo Vargas . . . . .	668
El Condenado por desconfiado . . . . .	181	Los Amantes de Teruel . . . . .	690
El Vergonzoso en Palacio . . . . .	204	APÉNDICES.	
Por el sótano y el torno . . . . .	228	I. Jornada tercera de la comedia titulada <i>Lo que hace un manto en Madrid</i> . . . . .	700
Esto sí que es negociar . . . . .	248	II. Fragmentos 1.º, 2.º y 3.º de la comedia titulada <i>El Rey Don Pedro en Madrid</i> , incluida en una quinta parte de <i>Comedias de Calderon</i> , impresa en Barcelona año de 1677 . . . . .	716
No hay peor sordo . . . . .	265	III. Observaciones acerca de la comedia titulada <i>La prudencia en la mujer</i> , por D. Agustín Durán . . . . .	719
La Prudencia en la mujer . . . . .	287	IV. Exámen de <i>El Condenado por desconfiado</i> , por D. Agustín Durán . . . . .	720
La Villana de la Sagra . . . . .	307		